

LA CIUDAD Y SUS COSAS

La publicación de «Prazamaior»

Por M. HERMIDA BALADO

Tengo que agradecer al Excmo. Ayuntamiento de Lugo, e intuyo que muy particularmente a Xulio Xiz, el envío de los números de la publicación **Prazamaior**, venturosamente recibida con motivo de la Semana de Lugo en Buenos Aires y doy por seguro que leida con no menor interés que si permaneciesen en sus lares por los muchos lugueses que pusieron en sus vidas mar por medio y que ahora las disfrutan, o padecen, que tan opuesta suerte es ley humana en todas las latitudes, en la generosa república sudamericana del Plata, donde sangre y músculos galaicos se prodigaron de tal suerte que en el decir de los argentinos reciben, como ya es sabido, la denominación de «gallegos» cuantos procedentes de otras tierras con ellos conviven.

La ilusión puesta por nuestros emigrantes en la lectura de **Prazamaior** es de razón que se viese avivada ante los atractivos artístico y humano que ofrecen sus páginas. Irreprochable, inspirado y evocador el primero. Ponderado, acuñante y revelador el segundo. No era posible menos dada la maestría de los dibujantes y fotógrafos que ilustran las colaboraciones de diverso carácter histórico, literario y político, aportadas por escritores de la provincia, entre los que don José Trapero Pardo empuña, con la misma natural modestia del asimiento de siempre a su pluma, el cetro que méritos y popularidad le han reportado y que Dios le mantenga por muchos años.

Al ser todo fiesta, por el simple hecho de ser lectura en casos como el de **Prazamaior**, juzgo por mí mismo y me imagino la curiosidad con que cada concurrente a la fiesta del ameno campo impreso habrá buscado, como entre músicas y atracciones, el número del lugar provincial predilecto, en tal o cual forma representado. De esta manera yo dichosamente me tropecé con tres estupendos poemas del monfortino Lois Diéguez, en los que sus propias ensoñaciones, la muralla lucense y el museo provincial, le bastan para una magistral captación de la espiritualidad del Lugo augusto en mistura histórica de Roma imperial, Virgen de los Ojos Grandes, que Alfonso X reverenció en sus cantigas y ciudad donde un día de marzo de 1846 el militar Miguel Solís, más atento a las vejaciones y miserias del pueblo que a sus entorchados, se levantó en armas con-

tra el multimuñidor isabelino general Narváez.

Recuerdo a mi amigo Lois Diéguez, jovencísimo él y ya iniciada en mí la incesante nevada de las canas. En mis veranos monfortinos nos encontrábamos indefectiblemente en la librería de Manuel María, esgrevido forjador, con su ejemplo y enseñanza, de una generación de poetas más adictos a la natural evolución de la lírica gallega desde los cancioneros de trova hasta Rosalía y Curros, que a unos modernismos que pretenden universalizarla inyectándole giros y vocablos desgajados de troncos inacordes con su pureza racial. Margarita Ledo, Dario Xohan Cabana («Meu señor Anxel Fole da pucha fariñenta», ect.) y el mismo Lois Diéguez, con otros, son, creo yo, claros exponentes del magisterio de Manuel María.

Pero el recuerdo más vigoroso que conservo de Lois Diéguez queda el margen de lo literario y se polariza en un sentimiento político que nos identificaba: el de que a la manecera del citado militar Solís frente al espadón Narváez, sentíamos impotente rebelión contra el régimen gubernamental entonces imperante. Yo, persona menos significada, me salvé del cerril, inhumano esbirrismo, pero él no. Un día se le supo conducido por agentes policiales a lugar indeterminado. La preocupación por su suerte nos agobió días. Tan fresco se mantiene en mi memoria su impresionante regreso que es como si lo estuviese contemplando ahora mismo. Realmente hecho trizas en carne y espíritu, ni su mente ni su palabra, todavía no olvidadas de los efectos del terror, podían expresarse con la fuerza y claridad del excelente escritor que ya era.

Realidad sin plaza mayor

Gracias a números recientes de este periódico, me enteré de las visitas a Monforte de personalidades que por los cargos oficiales que ostentan pueden contribuir a la realización de proyectos que el Ayuntamiento de la ciudad abraza. En mi lista de dichos señores apunté a don Alejandro Fernández Barreiro, al cual, según lo que leí, se le expusieron pros y contras en cuanto al propósito municipal de una nueva casa consistorial en la que hoy es huerta del colegio Calasancio de Nuestra Señora de la Antigua, cuya transformación en parque para disfrute del pueblo (que no para propiedad del pueblo, porque lo impiden los estatutos del patronato dispuesto por el

fundador del Colegio, desde el siglo XVIII asumido por la casa ducal de Alba) es, al parecer, inminente.

Respetuoso un servidor con los susodichos pros y contras, he de manifestarme no obstante disidente de unos y otros, manteniéndome fiel a lo que sobre el propósito manifesté en estas páginas cuando empezó a conocerse. Todo lo dicho me dispongo a reiterarlo con la intención de ponerlo en conocimiento del señor Fernández Barreiro y de cuantas personas puedan por su competencia intervenir en la aprobación o desaprobación de la obra tal como el Ayuntamiento la tiene concebida.

Empiezo por aplaudir en principio la iniciativa del Ayuntamiento. No puede ser de otra manera tratándose hoy de una Corporación municipal que sucede y conserva esencia de la presidida por Celestino Torres, ese hombre entusiasta además de inteligente y práctico, también modesto para mayor mérito, que supo acomodar su gestión al ritmo progresista y dinámico de los tiempos que vivimos.

Reconozco asimismo dignas de encomio las posturas de la oposición política y, ajeno a ésta, la de aquellos ciudadanos que comparten pareceres también adversos y que a mi leal juicio suman no pequeño número. Y me adelanto a proclamar mi coincidencia con estos sectores de opinión en el punto de inconveniencia de la nueva mansión edilicia dentro del parque, en atención a razones de orden urbanístico, ecológico y estético, que comentaré.

Ahora bien, puede que en la formulación de juicios se desatien-da una causa que muy bien pudo decidir al ex alcalde señor Torres a considerarla y al actual alcalde, señor Castiñeira, a mantenerla. En un sólo proyecto parque y consistorio se satisfacen ambas necesidades sin tener que recargar el presupuesto con lo que costaría la adquisición de más terrenos. Esto, aparte la reflexión urbanística de que no dispone Monforte de plazas céntricas con la amplitud necesaria para el nuevo consistorio, pudiera destacar su presencia como es normal en tales casos. De cualquier manera queda resplandeciente la buena intención del Ayuntamiento.

Me apercibo de que consumi mi espacio habitual en esta sección monfortina del periódico y seguiré con el mismo tema en la próxima crónica. M. Hermida Balado es el cronista oficial de la ciudad